

## Cara Norte del Pico Oriental de la Cascada

POR IGNACIO TAPIA ANCIN

Julio; Sanfermines...

Mientras la mayoría de los pamploneses se lanzan al bullicio callejero, bailando al compás de las charangas y corriendo ágilmente por la Estafeta arriba delante de los toros, nosotros, una vez más, hemos dejado nuestra querida Iruña, partiendo rumbo a las nevadas cumbres del pirineo de Huesca. Y aquí estamos, sentados frente al refugio de Góriz. Llevamos varios días entre empinados neveros y afiladas aristas, y hemos realizado algunas ascensiones en las montañas de este magnífico rincón pirenaico. Ahora, tumbados sobre esta hierba corta, áspera y punzante de la Alta Montaña, estamos planeando la ascensión de mañana.

El sol se ha ocultado tras la cumbre del Tobacor y las primeras sombras de la noche ascienden desde el valle. Esta tarde desde la Torre de Marboré hemos visto la pared norte del pico Oriental de la Cascada, bella muralla de 500 m. que se eleva sobre el glaciar de la Cascada, entre la arista Passet y la cumbre de la Espalda. Desde el momento en que por primera vez nos hemos fijado en ella, los cuatro hemos sentido esa muda llamada que nos atrae al ver una montaña. Por eso, a la hora de decidir la ascensión de mañana ninguno hemos tenido la más mínima duda: El Pico Oriental de la Cascada será nuestro objetivo; y pensando en lo que dentro de unas horas va a ser «nuestra» pared, entramos a cenar en el refugio cuando la noche reina ya en las montañas y las primeras estrellas parpadean perezosamente al comenzar, una vez más, su silenciosa ronda por el firmamento.

---

El nuevo día ha amanecido frío y radiante. El cielo está limpio, sin una nube y el sol tiñe de un suave rosado la cumbre del Cilindro. Vamos remontando el barranco que baja del Lago Helado con ese paso lento y regular que caracteriza las marchas de alta montaña. Hace rato que salimos del refugio y hemos comenzado a pisar nieve, mientras atravesamos una zona caótica, de grandes bloques desprendidos, que obligan al camino a dar caprichosos giros. El sol nos acaricia con sus tibios rayos calentando nuestros cuerpos entumecidos por el frío de la mañana. Dejamos el camino del Lago Helado a la derecha y continuamos por una suave pendiente que bordea el espolón más inferior del Cilindro. La nieve está en inmejorables condiciones a tan temprana hora y caminamos

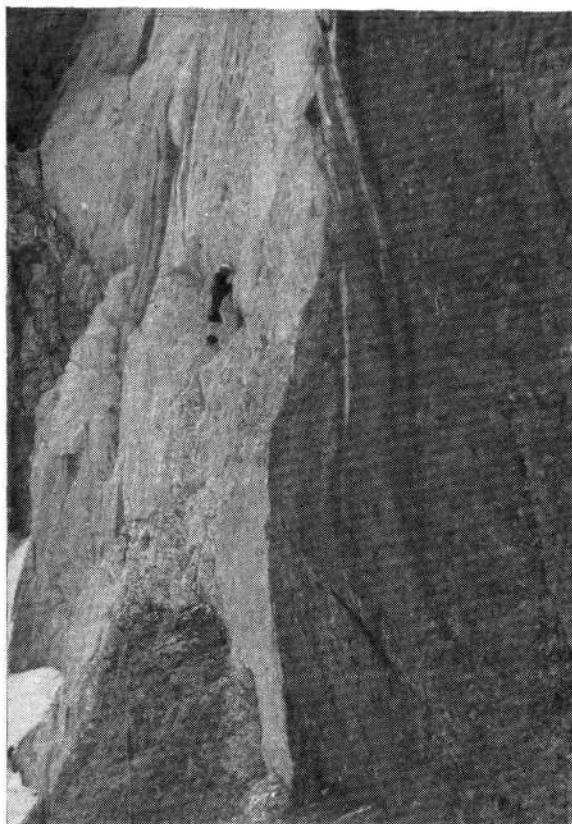
contentos pensando en el magnífico día que nos espera; vamos siguiendo unas huellas fundidas en gran parte por el sol de los días pasados, que son el único rastro que queda de los que han seguido en jornadas anteriores nuestro mismo camino hacia el col de la Cascada.

Una vez alcanzado el collado, nos sentamos a contemplar el panorama que se abre ante nosotros, que no por conocido, deja de tener una fascinadora belleza sólo reservada para aquellos que suben a las alturas a contemplarla. Arrancando del collado y dominándolo desde el Este, se hiergue impotente y vertical el Espolón de la Espalda, que pertenece ya a nuestros más gratos recuerdos. Bajo nuestros pies se desliza en rápido desnivel el glaciar de la Cascada, transformado por el sol en un espejo brillante y luminoso en su parte occidental, mientras que su mitad más oriental permanece aún triste y fría, protegida del sol por los picos de la Cascada. Allá, muy abajo, el glaciar se detiene bruscamente en el borde del Circo de Gavarnie, temeroso de precipitarse por sus vertiginosas paredes; pero la Gran Cascada se arroja decidida al terrible abismo, más valiente que su padre el glaciar. A nuestra izquierda se presenta bravo, el cresterío de las cumbres superiores del Circo: La Torre, con su sombría y salvaje cara norte; El Casco, encendida de luz su nevada cúpula; La Brecha, extraño capricho de la naturaleza, ligada por los lazos de la leyenda de Roldán a nuestros umbríos hayedos de Roncesvalles; Bazillac, Taillon y Gabietous, cerrando esta cadena de altivas montañas que elevan sus cimas hasta los tres mil metros. Por el lado opuesto, la vista queda cortada por las agudas dentelladuras de la arista Passet. Y en la lejanía, sólo unas pocas montañas emergen del blanco mar de nubes que cubre Francia: Midí de Bigorre, Vignemale...

De buen grado permaneceríamos en el collado indefinidamente, mas el tiempo pasa y la pared que nos espera es larga. En un momento destrepamos las rocas que conducen a la parte más alta del Glaciar de la Cascada. Ha hecho frío por la noche y la nieve está helada en esta ladera norte. Nos calzamos pues los crampones y comenzamos a descender por la resbaladiza pendiente. Al principio la inclinación es considerable, pero las puntas de los crampones muerden con ganas la dura costra. Conforme vamos bajando, unas nubes algo densas asoman por la parte superior del Circo y ascienden lamiendo la superficie del glaciar hacia la Torre de Marboré. El hielo cruje suavemente bajo nuestro peso mientras vamos rodeando un espolón rocoso, situándonos unos cien metros por debajo de la pared que pensamos atacar. Desde aquí, ofrece un aspecto de sublime grandeza, perdiéndose los últimos metros allá arriba, muy arriba, confundiéndose la cumbre con el azul del cielo. En la primera ojeada, hemos localizado la gran placa gris de doscientos metros que sirve de referencia, y debajo de ella, la estrecha chimenea donde comienza la vía. Así pues, más corriendo que andando subimos los metros de nevero que nos separan de la rimaya.

A la altura de la chimenea inicial, el nevero forma una rimaya ancha y profunda. No hay más remedio que descender a sus fondos para llegar a la roca. Después de encordarse, y con el «buena suerte» de turno, Victorino desaparece por el borde de la nieve. Oímos cómo golpea la helada nieve, luego el suave roce con la pared, y unos momentos más tarde, reaparece frente a nosotros ramontando la chimenea con elegante estilo. Un poco más arriba coloca una clavija y sale de la chimenea por la derecha perdiéndose nuevamente de vista; la

cuerda corre rápida y enseguida me grita que suba... Me coloco la pequeña mochila de escalada y bajo al fondo de la rimaya por las huellas que ha marcado mi compañero. La roca está muy fría y las manos se quedan medio insensibles. La superación de la chimenea es bonita, pero los piolets, que hasta ahora nos habían resultadō imprescindibles, se enganchan insistentemente por todos los salientes. «Chucalo», primero de la otra cordada, que sube cuatro metros más abajo que yo, parece pasárselo muy bien al oírme decir una sarta de tacos contra los



Travesía  
en la cara N.  
del Pico „Oriental“  
de la Cascada.

Foto  
Pedro Feliú (+)

piolets; le lanzo alguna mirada asesina que aún divierte más al muchacho. Ya al final de la chimenea saco la cuerda del mosquetón, y tras un largo paso a la derecha, continúo por terreno más fácil hasta el comienzo de un corredor de cascajo donde me espera mi compañero. Cuando me estoy quitando la mochila llega «Chucalo» a la reunión y comienza a recoger cuerda mientras dice a Pedro que suba. Pasados unos momentos oímos los martillazos de Pedro al despitonar, y un poco más tarde estamos otra vez juntos los cuatro.

La ascensión continúa ahora por unas cornisas muy fáciles, pero descompuestas y recubiertas de cascajo. Las recorremos con gran precaución y cuando veo resbalar a mis compañeros, miro de reojo hacia el vacío pensando en la cara

de susto que pondrían los huéspedes del Hotel del Circo de Gavarnie si nos viesan entrar en vuelo directo por la chimenea. Hemos alcanzado una pequeña cueva situada al final de las cornisas y ya parece que los turistas del valle se quedarán sin el espectáculo gratuito de vuelo sin motor. De aquí parte una ancha chimenea de roca muy segura que se sube mediante la técnica de X. Desemboca en una buena plataforma al pie de una gran placa con múltiples fisuras que la recorren verticalmente a lo largo de sus 40 m. Mientras voy superando la placa, el largo más bonito de toda la vía, siento dentro de mí ese placer que se experimenta en la escalada libre, cuando las manos acarician las asperezas de la roca, nuestra muda e inseparable compañera, y los pies sientan con firmeza en las sólidas presas.

Terminada la placa, nos reunimos los cuatro en la cumbre de una gran laja separada de la pared por una grieta bastante profunda. Mientras engullimos rápidamente unas pastillas de chocolate, tumbados sobre la laja vemos que el tiempo no está tan radiante como al amanecer: el cielo se ha cubierto y aquella pequeña lengua de niebla que veíamos a la mañana ascender por el glaciar, ha ido creciendo poco a poco durante el día hasta ocultar por completo el Circo de Gavarnie. Confiamos en que a pesar de ello no llueva y al atardecer las nubes retrocedan a los valles como en días pasados.

Después de este breve descanso nos disponemos a continuar la ascensión para lo cual hay que salvar la brecha. Colocándose de pie sobre la laja y mediante una zancada sobre la brecha, se alcanzan unas magníficas presas en la pared principal, gracias a las cuales el paso resulta bonito y muy sencillo... cuando se toma por el sitio debido. Pero Victorino parece empeñarse en pasar por donde no es, y que para colmo está mojado. Antes de que nos demos cuenta, le vemos desaparecer por la grieta mucho más deprisa de lo que él desearía; unos instantes más tarde nos asomamos al borde de la grieta, a tiempo todavía de ver cómo se levanta diciendo alguna «lindeza» que no viene al caso reproducir. La caída ha sido pequeña y sin más consecuencias que un tirón en el hombro que le impide mover el brazo con soltura, por lo que Victorino se queda asegurado y continúo avanzando yo. Después de este paso comienza una travesía horizontal en dirección hacia un ancho corredor con un pequeño nevero colgado entre sus dos paredes. Es esta una travesía fácil aunque bastante vertical, sobre unas placas lavadas que no permiten colocar pitones a lo largo de sus ochenta metros. Al final de la misma continuamos unos metros por el ancho corredor, y antes de alcanzar el nevero, salimos por un pequeño espolón a la izquierda del mismo.

De nuevo ganamos altura rápidamente en una sucesión de largos sin ninguna historia, hasta que el espolón se confunde con la pared, encontrándonos en una ancha plataforma dominada por un diedro. Medio empotrado en el diedro intento colocar una clavija. Cuando estoy pegando los primeros martillazos, salta y la veo con amargura perderse en el vacío, dando volteretas como si se burlara de mí. Una de las pocas «Cassin» de la colección. Pitono de nuevo, esta vez con más cuidado, y tras pasar la cuerda salgo del diedro por terreno más fácil hasta una plataforma de cascajo.

Continúa «Chucalo» el siguiente largo, por una losa vertical con pequeños escalones que se remata con un corto extraplomo de roca rojiza. Debajo del mis-

mo coloca una clavija y salva rápidamente el obstáculo con gran elegancia, desapareciendo de nuestra vista. Nos llama enseguida, y después de ascender este largo, el último difícil de la escalada, desembocamos en un gran nevero que separa la parte inferior de la pared del cono terminal de roca del Pico Oriental.

Ante la proximidad cada vez mayor de la cumbre parece como si nos saliesen alas y cruzamos «volando» el nevero en diagonal hacia la derecha, para alcanzar una arista de roca descompuesta que termina en la misma cumbre. Quisiéramos seguir corriendo, pero aunque la arista no ofrece grandes dificultades, las presas son inseguras y debemos subir con atención estos últimos metros de pared. Y, al fin, mientras voy ascendiendo por el agudo filo de la arista, llegan hasta mí los jubilosos gritos de los compañeros que me preceden: han llegado a la cumbre. Unos momentos después estoy de pie sobre los inestables bloques de la cima, lanzando a mi vez exclamaciones de alegría. A nuestros pies un inmenso mar de nubes oculta la parte inferior de la pared; por el otro lado Cilindro y Perdido ofrecen una visión grandiosa y fantasmagórica envueltos parcialmente por la niebla. Sentados en la cima fumamos con verdadero placer un cigarrillo, satisfechos de ver realizada una ilusión; de ver culminada la tarea emprendida. Y cuando dentro de un rato abandonemos la cumbre, a nuestras espaldas quedará, la pared solitaria, muerta, en espera de otros hombres amantes de la montaña que la hagan revivir. Pues..., ¿no es acaso el montañero quien inunda de vida y alegría las montañas tan bellas y atractivas? ¿Y no es también el montañero el que con su ilusión y su valor da vida a las rocas verticales y calor a la nieve del glaciar...?

---

FICHA TECNICA.—Dificultad: Muy Difícil Inferior.—Material empleado: dos cuerdas de 60, 4 clavijas y dos martillos.—Ascensión efectuada el día 17 de Julio de 1866 por Pedro Feliú (q. e. p. d.), Carlos Santaquiteria (Chucalo), Victorino Echauri e Ignacio Tapia del C. D. Navarra.